

ó afectó dudar de la autenticidad del mandato, pasando á Madrid á cerciorarse de la verdad, avistándose con el infante D. Antonio. Oida de boca de este la confirmacion de la orden, hizo el marqués renuncia de su empleo, suplicando que en vez de ser los guardias de Corps los que verificasen la entrega, quedase esta á cargo de los granaderos provinciales. Este rasgo del marqués hace muy poco honor á su memoria. Su resistencia á poner en libertad al desgraciado que antes habia sido su amigo, podria considerarse como patriótica mientras dudaba de la autenticidad de la orden; pero una vez confirmado en que era cierta, y teniendo cubierta su responsabilidad, no era ya la dignidad nacional el verdadero motivo que, á nuestro modo de ver, tenia para llevar adelante su oposicion hasta un extremo tan exagerado. Castelar temia sin duda que sus conexiones de antes con el príncipe de la Paz pudiesen serle perjudiciales ahora, si no consignaba su dureza de un modo el mas terminante, y de aqui su estudiado rigor con el desventurado valido (1). El infante D. Antonio hizo presente al marqués consistir en aquella entrega que Fernando fuese rey de España, oido lo cual obedeció el renitente y puso en libertad á Godoy á las once de



ENTREGA DE D. MANUEL GODOY A LAS TROPAS FRANCESAS.

(1) El conde de Toreno califica de *pudonorosa* la conducta del marqués en el caso en cuestion. El autor ó autores de la *Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España* son de contrario sentir, y la tienen por *poco generosa*. En esta oposicion de dictámenes, nos inclinamos al segundo. El príncipe de la Paz hablando en el capítulo XXXIII, parte segunda de sus *Memorias*, de su traslacion al castillo de Villaviciosa, y de haber sido puesta su persona á cargo del marqués, llama á este *amigo suyo y hechura suya de largos años, mas de repente convertido á nuevo culto como tantos*

la noche del día 20, entregándole en manos del coronel francés Martel (1). Al día siguiente envió la junta de gobierno un comisionado á Godoy con el encargo de llevarle alguna ropa y un socorro de cien mil reales, entregándosele despues de órden de Murat una cartada de Carlos IV que decia asi: «Incomparable amigo Manuel: ¡Cuánto hemos padecido estos dias viéndote sacrificado por esos *impíos* por ser nuestro único amigo! No hemos cesado de importunar al gran duque y al emperador, que son los que nos han sacado á ti, y á nosotros. Mañana emprenderemos nuestro viaje al encuentro del emperador (2), y alli acabaremos todo cuanto mejor podamos para ti, y *que nos deje vivir juntos hasta la muerte*, pues nosotros siempre seremos, siempre, tus invariables amigos, y nos sacrificaremos por tí como tú te has sacrificado por nosotros.»

La historia no presenta un ejemplo de amistad tan constante en los reyes. Nosotros que tanto hemos censurado la ceguedad del anciano monarca, estamos muy lejos de acriminarle por la consecuencia que guardó con su amigo cuando le vió desgraciado. En esa carta revelada á la historia por el mismo principe de la Paz, no se ve otro deseo en los reyes padres que el de tener constantemente á Godoy á su lado, viviendo juntos con él: María Luisa encarece el mismo deseo en toda su correspondencia. Por natural que parezca ese anhelo, da lugar sin embargo á una observacion importante. Ni Carlos ni María Luisa podian lisonjearse de ver secundados sus votos, á no ser en el caso de resignarse á la abdicacion. Por confesion del mismo Murat en el oficio dirigido por Belliard á la junta, *no era posible que Carlos volviese el poder y su confianza al que debia haberla perdido para siempre*; y así tenia que ser irremediamente, atendida la animadversion justa ó injusta con que el país miraba al valido. Ahora bien, preguntamos nosotros: ¿cómo conciliar con la vuelta de Carlos IV al trono de sus mayores su deseo de retener á Godoy á su lado? ¿Y si estos estremos eran en efecto incompatibles, si puesto Carlos en la alternativa de dejar el trono ó renunciar á la compañía de su amigo, habia al fin de los fines de decidirse por lo primero, ¿á qué la protesta contra la renuncia del 19? Solo para que el hijo no reinara, y para que el emperador dispusiese de la corona de España como mejor le placiese. Cuanto mas pensamos en esto, tantomas nos ratificamos en que la irremediable consecuencia de tal ceguedad no era ni podia ser otra que esa.

Don Manuel Godoy salió del campamento francés con direccion á Francia al dia siguiente de haber sido puesto en libertad, yendo acompañado de escolta francesa, y llegando á Bayona el 26, donde se albergó en una quinta distante una legua de aquella ciudad. Poco despues de su llegada tuvo con el emperador una larga conferencia. Nuestros lectores verán mas adelante lo útil que era Godoy para dar completa cima al tenebroso plan que el gefe de la Francia revolvia en su mente contra la independencia española. Cuando el principe de la Paz, fuesacado tambien de la prision su hermano D. Diego, duque de Almodovar del Campo, y conducido igualmente á Bayona, adonde llegó poco despues que el valido.

Para la ejecucion del drama que debia representarse en la frontera del Pirineo faltaban todavia dos actores principales; Carlos IV y María Luisa. A la imposibilidad en que los dos esposos se hallaban de sobrellevar *sin morir* la ausencia de su ami-

otros, por no perder lo que de él tenían: «nadie es mas enemigo, añade, que un amigo en las transformaciones de una corte.»

El valido se queja tambien de la conducta de la junta en haberse rehusado á verificar la entrega; pero la junta cumplia un deber en resistirse á las órdenes de un general extranjero, que hablandole en nombre de un monarca extranjero tambien, añadia el insulto de no reconocerla como autoridad legítima de la nacion, constituyéndose juez en una querrela cuya decision, por justa que pudiera ser la causa de Carlos IV, nadie como el país tenia derecho á abrogarse.

(1) Verificada la entrega, envió el marqués á Bayona, con objeto de informar á Fernando sobre el particular, á su segundo el brigadier don José Palafox, á su hijo el marqués de Belveder, y al ayudante Butron.

(2) La salida de los reyes padres no se verificó hasta el 25, como veremos luego.

go, añadiase el interés de Napoleon en tener prisionera en sus manos toda la familia real, y Murat no podia olvidarse de tan importante consideracion. Antes de su partida era preciso acabar de inspirar á la junta la incertidumbre y el terror. El generalísimo francés habia el 16 anunciado al ministro de la Guerra D. Gonzalo Ofarril que el emperador no reconocia en España otro rey sino Cárlos IV, fundando semejante resolucion en la protesta hecha por este contra la abdicacion de Aranjuez. Atónito Ofarril con una declaracion tan brusca, quedólo mas al leer una proclama manuscrita que Murat le presentó, estendida por el mismo Cárlos IV, en la cual aseguraba el rey haber sido en efecto forzada su renuncia, como así lo habia participado al emperador. Dada cuenta á la junta de tan estraña novedad, fue Ofarril comisionado por ella para que en union con el ministro Azanza pasase á manifestar á Murat la sorpresa que le causaba acuerdo tan inesperado. Hubo con este motivo varias contestaciones entre los dos comisionados y el gran duque, permaneciendo este inflexible, y accediendo tan solo á esperar la última contestacion de la junta, la cual respondió verbalmente por medio de los mismos encargados: primero, *que una resolucion como aquella debia comunicársele, no por el gran duque, sino por Cárlos IV*; segundo, *que cuando le fuese notificada, se limitaria á elevarla al conocimiento y noticia de Fernando VII*; y tercero, *que habiendo de partir Cárlos IV para Bayona, se guardase el mayor sigilo sobre aquel asunto, absteniéndose el anciano rey de ejercer durante su viaje acto alguno de soberania*. Oida esta respuesta por Murat pasó al Escorial á conferenciar con el rey padre, quien escribió á su hermano el infante D. Antonio con fecha 17 de abril una carta en la cual ratificaba la especie de la violencia sobre él ejercida cuando su abdicacion del 19, añadiendo que en aquel mismo dia habia estendido una protesta solemne contra el decreto dado en medio del tumulto y forzado por lo critico de las circunstancias. Despues declaraba su resolucion de consagrar el resto de sus dias á hacer la felicidad de sus vasallos, confirmando por lo demas en sus empleos, bien que provisionalmente, á los vocales de la junta y á cuantos hubieran recibido cargos civiles y militares desde el 19 anterior. La carta concluia diciendo que pensando el rey salir luego al encuentro de su augusto aliado, transmitiria despues de esto sus últimas órdenes á la junta.

Es de notar en este documento la contradiccion en que el anciano monarca incurria suponiendo dada su protesta el mismo dia de la renuncia, siendo cosa averiguada que no fue así, segun tenemos dicho en otro lugar; pero ni Murat ni Cárlos IV cayeron en la cuenta de tal contradiccion, atentos solo á hacer constar la protesta para sus fines alteriores. Hecho esto partió Cárlos IV, en compania de la reina y de la hija del principe de la Paz, el dia 15 de abril, dirigiéndose á Bayona con escolta de tropas francesas y carabineros reales, los mismos que le habian hecho la guardia en el Escorial. Habiendo pasado la frontera el dia 30, diez dias despues de su hijo y cuatro despues de Godoy, entraron los reyes padres en Bayona con el mas ostentoso recibimiento. El emperador que tan desdeñoso se habia mostrado con Fernando, varió enteramente de conducta respecto á sus padres, enviando á cumplimentarles al duque de Plasencia que se adelantó hasta Irun, y al principe de Neufchatel que los esperó en la orilla del Vidasoa. Cuando SS. MM. pusieron el pie en Francia, encontraron un numeroso destacamento de tropas francesas, las cuales les sirvieron de escolta hasta dar con la guardia de honor de caballeria del departamento. Al entrar en Bayona hallaron la guarnicion tendida en las calles, la cual los recibió con los honores debidos á la magestad. Los bageles del puerto estaban empavesados; la artilleria de este y la de la ciudadela los saludó con ciento y un cañonazos, y toda la poblacion en fin los recibió con aplausos y vítores, cual si re-



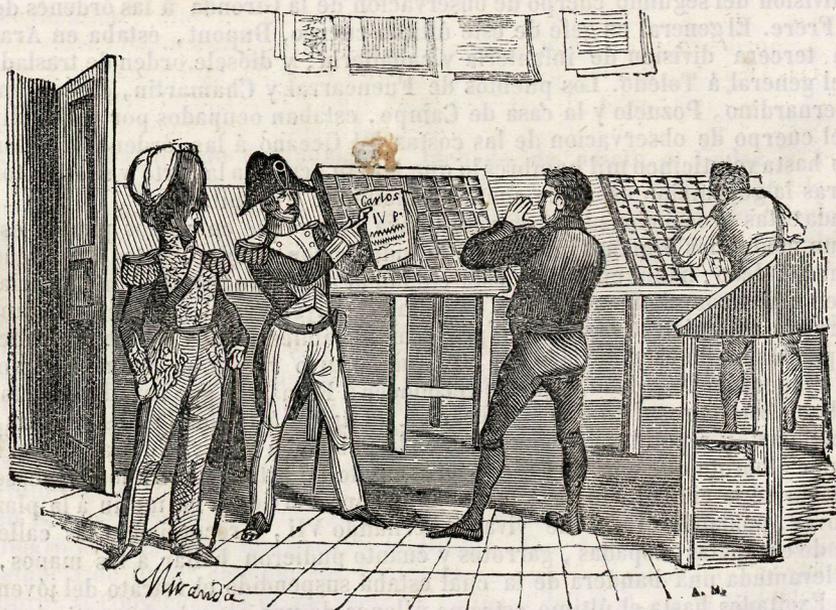
RECIBIMIENTO HECHO Á LOS REYES PADRES Á SU ENTRADA EN BAYONA.

conociese y quisiera pagar de antemano el importante servicio que los nuevos esclavos coronados iban á prestar á la causa del imperio frances. La escasa comitiva que Cárlos IV habia llevado consigo, fue aumentada de orden del emperador con oficiales de su propia casa. Al bajar los reyes del coche, fueron conducidos por el gran mariscal á la habitacion que les estaba destinada, y que habia sido previamente dispuesta para el emperador mismo. Todo antes de parecer la resolucion imperial de sostener en el trono á Cárlos IV, y asi lo creyeron tal vez tanto este como Maria Luisa, olvidando por un momento lo que tantas veces habian dicho acerca de su vehemente deseo de retirarse á un rincon en union con su amigo; pero el emperador les tenia reservado el mismo desengaño que al hijo. La causa de la humillacion y del vilipendio era doble: la perfidia del emperador debia serlo tambien.

La salida de Fernando VII tan en desacuerdo con lossentimientos y con la opinion general, habia entretanto estendido la alarma por todas partes. Los tratos de Murat con los reyes padres, secretos para la generalidad del público mientras Fernando habia permanecido en Madrid, y evidentes á todo el mundo desde que todos pudieron notar las entrevistas y conferencias misteriosas que el generalisimo frances tenia con SS. MM. despues de su traslacion al Escorial, habian aumentado la irritacion y el desasosiego. La altaneria del generalisimo frances y el aire de desden y menosprecio con que él y sus oficiales trataban á los españoles, con particularidad á los que se señalaban por su afecto á Fernando, no dejaban ya la menor duda de que no era la causa de este la que los franceses habian venido á defender. La libertad dada á Godoy, objeto principal del odio del pueblo y de las enconadas pasiones del mayor número, acabaron de exasperar los ánimos hasta un punto dificil de descri-

bir. La partida de los reyes padres siguiendo la misma ruta que el hijo y el privado hizo latir los corazones del modo mas angustioso, sin que ninguno pudiera prometerse nada bueno de la reunion en Bayona de personajes tan opuestos en miras é intereses. Madrid estaba sobre un volcan, indicando la inminencia de la esplosion de un momento á otro. Si Napoleon y los suyos hubieran conocido el estado de la opinion pública en España, en vez de apoyar como lo hicieron la causa de los reyes viejos, como los españoles los llamaban, habrian por el contrario adheridose á la de Fernando, satisfaciendo á la vez los votos del pais y los intereses del imperio, pudiendo prometérselo todo de la ciega adhesion con que Fernando y sus consejeros hubieran pagado á Napoleon su reconocimiento y su apoyo. Pero el emperador grande en todo, no parece que quiso mostrar sino que era pequeño en España; y aquella cabeza tan bien organizada, tan prodijiosamente pensadora, tan exhuberante, en fin, de prevision y de cálculo, fue mezquina, raquitica y pobre en cuanto tuvo relacion con la cuestion española. Su lugarteniente Murat que por su permanencia en Madrid y por su roce inmediato con los españoles debia conocer mejor hasta qué punto era peligroso ponerse en lucha con el voto del pais, debia haber informado á su amo de lo impolitico que era adoptar una marcha en contradiccion con el deseo y con el interes general. Fascinóle sin duda la consideracion de las fuerzas de que estaba rodeado, creyendo tan posible contrastar los sentimientos de un pueblo como dar y ganar batallas. ¿Pero quién contiene el torrente, ó qué fuerza humana es bastante para suspender en el aire el descenso de la catarata?

Las tempestades de la naturaleza no estallan de pronto, ni rompen tampoco de súbito las grandes conmociones políticas. Murat no tuvo vista para distinguir el humo que anunciaba la primer bocanada del cráter, ni oido para percibir el oscuro y sordo fragor que el volcan agitaba en su seno. La junta habia suplicado al generalísimo frances guardase secreto y reserva en lo tocante á la protesta de Carlos IV, y olvidando Murat su promesa, envió dos comisionados franceses á la imprenta de



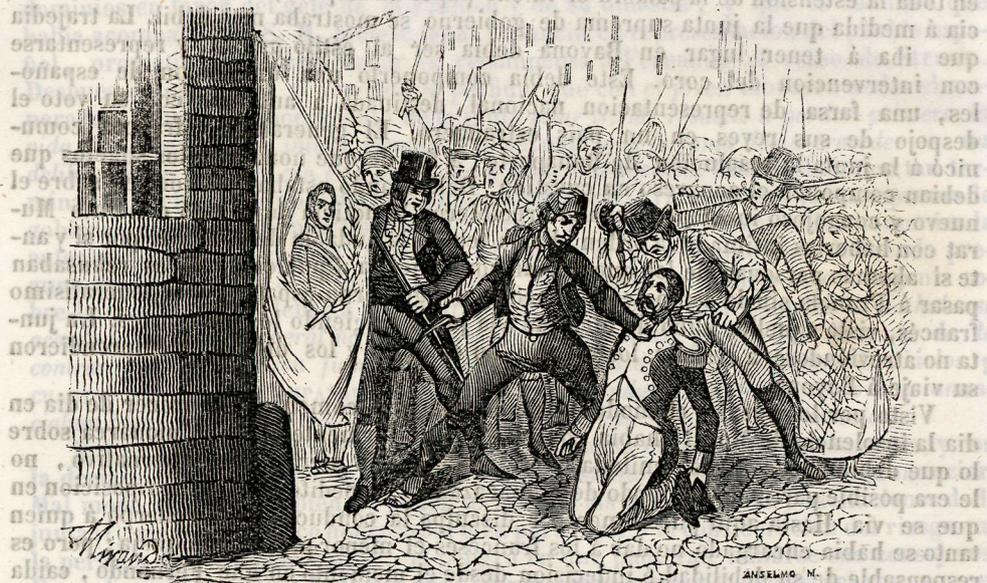
D. Eusebio Alvarez de Latorre para imprimir una proclama de aquel monarca. Presentóse el impresor al consejo á fin de participarle lo que ocurría, y habiéndose enviado en averiguacion de hecho al alcalde de casa y corte D. Andres Romero, sorprendió este á los dos comisionados franceses con las pruebas de la proclama. Intimóles entonces el juez que se diesen á prision; mas no fue obedecido, ni pudo conseguir que declarasen cosa alguna sin orden previa de su gefe el general Grouchi, á quien Murat habia puesto por gobernador militar de Madrid. Ya en esto habia corrido por el pueblo la noticia de aquel incidente, y agolpándose á las puertas de la imprenta inmensa multitud, estuvo la tranquilidad en gran riesgo. Romero temió que dejados en libertad los franceses, serian sacrificados á manos del pueblo, y deseoso de evitar un desastre, los dejó arrestados en la misma imprenta hasta la determinacion del consejo. No atreviéndose este á decidir en aquel asunto, lo sometió al conocimiento de la junta; la cual no osó tampoco indisponerse con el gran duque, y puso en libertad á los detenidos, exigiendo de Murat nueva promesa de obrar con mas circunspeccion en lo sucesivo. Pero el mal estaba ya hecho, sin que la debilidad de la junta ni la nueva promesa del generalísimo frances pudiese impedirlo. El incidente de la imprenta estendió por todas partes la íntima conviccion de que el emperador trataba de reponer en el trono á Carlos IV, y aun de volver su influencia al valido; y exaltada la imaginacion con tan sombrío porvenir, exageraba hasta el último punto las tristes consecuencias de restauracion tan odiosa.

Las provincias ocupadas por las tropas invasoras habian comenzado á ofrecer por aquellos dias escenas aisladas de insultos y atropellos á los soldados franceses, como sucedió en Barcelona y en Burgos y en otras ciudades, donde alguno de ellos pagó con la muerte su petulancia y su insolencia. Las provincias que estaban libres del yugo frances empezaron tambien á estar sobre aviso, poniéndose en guardia sus gefes militares, los cuales se ocupaban en reunir armas silenciosamente por lo que pudiera ocurrir.

Los franceses por su parte aumentaban sus precauciones, fortificándose decididamente y organizando la ocupacion del pais. Acostumbrados á subyugar reinos enteros en el hecho solo de apoderarse de sus capitales, dirigieron su principal conato á tener aterrado á Madrid y cercados sus alrededores. La division del general Bedel que estaba en Segovia pasó al Escorial, trasladándose al primer punto la tercera division del segundo cuerpo de observacion de la Gironda á las órdenes del general Frere. El general en gefe de este último cuerpo, Dupont, estaba en Aranjuez con la tercera division de infanteria y caballeria, y diósele orden de trasladar su cuartel general á Toledo. Los pueblos de Fuencarral y Chamartin, el convento de San Bernardino, Pozuelo y la casa de Campo, estaban ocupados por varias divisiones del cuerpo de observacion de las costas del Oceano á las órdenes de Moncey, siendo hasta veinticinco mil hombres lo que tenian ocupada la corte y sus contornos, mientras la guarnicion española contaba solamente tres mil.

Toda estas precauciones fueron vanas para evitar que en varios puntos estallase de un modo mas ó menos imponente la indignacion popular. Antes de trasladarse Dupont á Toledo, habia enviado á esta ciudad al ayudante comandante Marcial Tomas, en union con algunos oficiales de estado mayor y otros empleados franceses del servicio administrativo, á fin de preparar alojamiento para las tropas francesas. La imprudencia de este enviado fue tal, que no tuvo recato en decir públicamente que el emperador Napoleon, lejos de reconocer á Fernando por rey de España y de las Indias, estaba resuelto á restablecer en el trono á Carlos IV. Estendidas estas declaraciones, y repetidas y comentadas en la poblacion y fuera de ella, dieron lugar al primer alboroto que con verdadero carácter de tal estalló contra los franceses. El vecindario de la ciudad y los habitantes del campo corrieron en motin á la plaza de Zocodover, poblando el aire de vivas á Fernando VII, y recorriendo las calles armados de escopetas, espadas, garrotes y cuanto pudieron hallar á las manos, llevando levantada una bandera de la cual estaba suspendido el retrato del joven monarca. Exaltados hasta el último extremo y llenos de una especie de sentimiento re-

ligioso hácia aquella imágen querida, obligaban á doblar la rodilla ante ella á cuantos pasaban por las calles, sin distincion de franceses ó españoles, y jay del que hubiera rehusado acatarla! La muchedumbre se dirigió á la casa del corregi-



ALBOROTO EN TOLEDO.

dor D. José Joaquin de Santa María, tachado de adicto á Godoy y á Carlos IV, y no habiendo dado con él por haber escapado con tiempo, le quemaron los muebles, los coches y cuantos efectos tenia, haciendo lo mismo con los de D. Pedro Segundo y D. Luis del Castillo, ricos propietarios de aquella ciudad, y objeto del odio público por la misma razon. El tumulto duró treinta y seis horas, pero no se derramó una sola gota de sangre. Toledo es la ciudad levítica de España, y la irritacion popular fue calmada por el cabildo y los frailes, quedando la poblacion del todo tranquila con la llegada de Dupont y sus tropas el dia 26.

El sitio real de Aranjuez abandonado por Dupont fue ocupado por la tercera division que estaba en el Escorial. La brigada de caballeria del general Caulaincourt entró tambien en Castilla la Nueva, juntamente con otros refuerzos de infanteria destinados á los cuerpos que ocupaban esta provincia.

Al tumulto de Toledo ocurrido el 21 de abril, añadióse por aquellos dias otro mas serio en Burgos, puesto que hubo en él efusion de sangre, habiéndose salvado como por milagro el intendente marques de la Granja. Fue debida esta conmocion á la circunstancia de haber detenido los franceses un correo español como lo tenian de costumbre, á consecuencia de las secretas órdenes dadas al efecto por Bonaparte, como mas adelante diremos.